

había hecho incursiones en el Kurdistan y en el territorio de Erzerum, con la esperanza de que Rustem se distinguiera en ella, y de poder durante este tiempo allanar á su hijo Selim el camino del trono, con perjuicio de Mustafá y Bayaceto, hijos mayores de Soliman. Tramó, pues, con Rustem la ruina de estos príncipes, y habiendo aquel marchado á la expedición de Akserai en la Caramania, donde inverna, mandó á decir á Soliman que había descubierto una conjuración en el ejército, para proclamar á Mustafá. Este no tardó en ser ahorcado; pero los genizaros pidieron á grandes voces el castigo de Rustem. El sultán le quitó los sellos para darlos á Ahmed, conquistador de Temeswar; pero este se negó á aceptarlos, á menos que no le ofreciera no volver á quitárselos. Cumplióle Soliman la palabra; pues cuando Roxelana le indujo á restablecer á Rustem en su dignidad, hizo dar muerte á Ahmed para no quedar por mentiroso. Al fin la cizaña sembrada por Roxelana echó raíces; Bayaceto tomó las armas contra su padre y contra su hermano Selim; pero pronto fué vencido y se refugió al lado del shah Tamasp. Este príncipe le había prometido hospitalidad, pero inducido á sospecha por Soliman y Selim, le mandó prender y ahorcar en unión de sus cuatro hijos, lo que le valió un regalo de 400,000 ducados. Roxelana vió, pues, satisfechos sus deseos.

Estas multiplicadas guerras enriquecieron el tesoro con el despojo de los vencidos. Los dominios de la corona producían en aquella época 5,000,000 de ducados, y las otras rentas tres. Soliman aumentó el número de los genizaros desde doce hasta veinte mil; el ejército permanente era de cuarenta mil hombres; pero hubo á veces hasta doscientos cincuenta mil sobre las armas. Quitó á los genizaros y á los spahis la custodia del serrallo, para confiarla á los bostangis ó jardineros, cuerpo nuevo que formó. Fué una felicidad para la Europa que el espíritu de conquistas se extinguiese con Soliman; sin esto, ¿cómo hubiera podido defenderse durante la guerra de los Treinta Años?

Soliman construyó gran número de edificios en Constantinopla, Jerusalem, la Mecca y otros puntos; pero sobre todo se celebró su mezquita. Su época fué el siglo de oro de la poesía otomana; nueve poetas contemporáneos formaron una pléyada en derredor de su trono (1): él mismo compuso versos bajo el poético nombre de Muhibbi, es decir, amante por amistad (2). Entónces floreció Abdul Baki, príncipe de la

(1) Sobre estos y otros poemas véase á HAMMER, lib. XXXIV.  
(2) Como muestras de sus poesías, daremos la gacela siguiente: « No creáis que tenga el pecho enrojecido por las lágrimas; es la llama del corazón la que véis relucir. Si me sumerjo como el loto en el mar de las lágrimas, estas se estrellan sobre mi cabeza. Los párpados velan con el sangriento acero, para asustar á los amantes, y evitar el que arrostren mi ira; mi corazón náda en olas de lágrimas; los que lo ven pasan por mi cuerpo. Muhibbi no puede ir al país del amigo; el camino está cerrado por mis lágrimas. »

poesía lírica turca, como Montenebbi y Afiz lo son de la poesía árabe y persa. Soliman le animó y recompensó dándole un diploma que le aseguraba eterna gloria, como si perteneciese á los reyes el distribuirla.

Toleró el uso del café y los vasos de oro y plata. Publicó un código criminal donde mitigaba el antiguo rigor, dejando sin embargo la pena á discreción del acusador; de donde resultaba que los delitos podían rescatarse por dinero: además, en la prueba testimonial, obligó á los jueces á contar los testigos, y no á examinarlos; por lo que estaba seguro de la impunidad todo el que podía proporcionarse testigos falsos en gran cantidad.

Soliman concibió un pensamiento que hubiera arruinado la Rusia al nacer: era unir el Volga con el Don, poniendo de esta manera en comunicación el Mar Caspio con el Negro, y construyendo tres fortalezas para defenderlos. Quería al mismo tiempo conquistar á Astrakan y Kasam á fin de tener sujetos á los Rusos.

Á pesar de toda su grandeza, aquel sultán contribuyó á la decadencia de la nación otomana: el historiador turco Kochibeg da las causas siguientes. Primera, no se presentaba en el diván sino para declarar la guerra: en otro caso, se mantenía detras de una cortina, como los antiguos déspotas de Oriente, añadiendo prestigio á la majestad, pero con detrimento de la autoridad real. Segunda, eligió á su halconero por gran visir, y dió el mal ejemplo de elevar á los favoritos á las principales dignidades, sin hacerlos pasar por los empleos intermedios; de aquí resultaban intrigas para obtenerlos, é inexperiencia despues de conseguidos. Vencido por los irresistibles encantos de Roxelana, dejó que el harem se mezclase en los negocios del Estado. En fin, enriqueció á los grandes visires con excesivos sueldos, y les permitió traficar con los empleos para satisfacer su lujo y los vicios que este produce.

Añadamos que Soliman, viendo que las discordias ensangrentaban cada reinado por obra de los príncipes, educados comunmente en los gobiernos y á la cabeza de los ejércitos, estableció que en lo futuro se educarian en los serrallos, léjos de las armas y de los bajalatos. Impidió de esta manera las guerras civiles; pero al mismo tiempo dió jefes afeminados á una nación esencialmente belicosa.

## CAPÍTULO IX

Lengua latina y lengua italiana.

Despues de referir tantas miserias, y ántes de entrar en el relato de otras aun mayores, demos algun solaz al alma con el esplendor de las artes y de la literatura; el cual fué tan grande que deslumbró á los contemporáneos y á la posteridad, haciendo que por los nombres de Rafael, Miguel Ángel, Ticiano y Ariosto se olvidasen los de Léyya, Medeghino y Baglioni, hasta el punto

de llamar siglo de oro al del duque de Valentinois y de Carlos V. En la edad precedente hemos visto, despues de los señalados ejemplos de Dante, Petrarca y Boccaccio, volver á estar en boga la lengua latina, tanto mas cuanto que multitud de pedantes que habían llegado de la Grecia vencida, sin mas medios de vivir que la enseñanza de las lenguas muertas, se esforzaban en mantenerlas á la altura de donde las rechazaba su incapacidad para expresar las ideas de una civilización completamente cambiada. Es verdad que la lengua latina era para los Italianos una especie de gloria nacional, que les recordaba los tiempos gloriosos en que aquellos á quienes nombraban sus abuelos, dominaban á los Bárbaros que entónces les oprimían. Les parecia, escribiendo puramente en el idioma de Ciceron, volver á la época en que desde la tribuna se esparcían por el mundo con aquellas palabras ideas de libertad.

El fácil Roscoe, que representó bueno como él al siglo de Leon X, pero que ni lo conoció ni lo dió á conocer, encuentra á los latinistas italianos iguales á los contemporáneos de Augusto (1), y tal es tambien el dictámen de Joviano Pontano; juicio tan falso como el que profiere cuando llama grande á Boyardo, y dice que la *Arcadia* de Sanzauro supera á todo lo que la Italia había producido hasta entónces: la Italia de Dante. De todos modos, no cabe duda que existían allí los mejores latinistas, en una época en que había tanto mas mérito en escribir con pureza el latin cuanto que faltaban buenas gramáticas y diccionarios, teniendo cada cual que buscar á fuerza de trabajo las voces y frases que necesitaba. El primer vocabulario digno de mencionarse fué publicado por Ambrosio Calepino en Reggio en 1502, y de edición en edición creció en importancia, hasta comprender en la de Basilea del año 1581 once lenguas.

Era necesario por lo mismo que los impresores no fuesen solo obreros y mercaderes, sino verdaderos eruditos; como Froben y Oporin en Suiza, Cristóbal Plantin en los Países Bajos, y en Paris muchos, pero principalmente Roberto, Enrique, Carlos y Pablo Etienne (?). Roberto, el mas célebre de todos, sabía hasta hebreo; añadía notas y prólogos á las ediciones de los clásicos, y corregía sin descanso su *Thesaurus linguæ latinæ*. De Thou llega á decir, que contribuyó mas á inmortalizar el reinado de Francisco I que los brillantes hechos de aquel príncipe. Incansable en la corrección de las pruebas, pudo conseguir un resultado apénas creíble, cual es el de no haber dejado mas que un yerro

Impresores.  
1503-59.

(1) Si mis juicios disienten con frecuencia de los de Tiraboschi, Quadrio, Corniani, Ginguené y otros, no se atribuya á ignorancia de la materia, sino á gusto; y el que quiera rebatirme, no se contente con citar autoridades ajenas.

(2) José y Conrado Badio, Gil Gourmont, Felipe Pigouchet, Cornado Neobar, Dionisio Janot, Simon de Colines, Adriano Turnebo, Guillermo y Federico Morrel, Bienné Wechel, Mamerto Patisson, Miguel Vasosan. V. á REXOUARD, *Annales de l'imprimerie des Etiennees*. Paris, 1837 y 38.

de imprenta en la Biblia latina, y cuatro en la griega. Había emprendido tambien un diccionario griego, que fué publicado por Enrique Etienne con las palabras no dispuestas por orden alfabético, sino segun las raíces y el significado; método mas racional aunque ménos cómodo.

Aldo Manuzi el mayor había escrito sobre la puerta de su estudio: « Si no quieres nada, des- » páchate y véte pronto, á ménos que no vengas » como Hércules á prestar tus hombros al fati- » gado Atlante; pues en tal caso, siempre habrá » quehacer para tí y para todo el que se pre- » sente. » Formó una sociedad llamada *Aldi Neoaccademia* para hablar de literatura, y elegir las obras que debían imprimirse y las lecturas preferibles. Hombres de mucha paciencia, ya que no de gran talento, se consagraban á publicar é ilustrar las obras de los antiguos; tales fueron Escalígero, Lipsio y Casaubon. Se deben tambien á Pedro Vettori (1499-1585) excelentes ediciones y algunas traducciones de los clásicos. Antonio María Conti, llamado Mayorgio (1555), que reanimó la elocuencia en Milan, donde instituyó los *Trasformati*, compuso innumerables obras de erudición, é impugló las paradojas de Ciceron, lo que le valió una guerra furiosa por parte de Marcos Nizolio (1498-1576), autor del *Thesaurus Ciceronianus*. Acusado de irreligion ante el Senado de su patria, por haber tomado el nombre de Marco Antonio, se excusó con decir que no dándose ejemplo de un Antonio María entre los clásicos, le hubiera sido imposible escribir su nombre en un latin puro. ¿Cuál calificaremos de mas ridícula, la acusación ó la disculpa?

Pero era propio de aquellos eruditos amar en los autores antiguos hasta el moho y las escorias. Hubieran querido anonadar su personalidad, para hacerse una máscara al estilo griego y al romano. Pablo Manuzio y otros excluían toda palabra que no fuese de Ciceron, no admitiendo siempre las de los amigos de este. Como no hay raza mas quimerista que la de los pedantes, á cada momento se empeñaban batallas, en las que toda la república de las letras llegaba á las manos, entre Policiano y Bartolomé Escalígero, entre los Florentinos y los Napolitanos, siempre por palabras. Es cierto que de ahí resultaban indagaciones sobre la antigüedad; pero en ellas había mas buena voluntad que crítica y sólida erudición. No se trataba de estudiar el latin para enriquecer el italiano; al contrario, se pretendía que este era indigno de las ciencias, y en la coronación de Carlos V, Rómulo Amasio sostuvo en una arenga pronunciada delante del papa y del emperador, que se debía abandonarla á los fruteros y al vulgo, del cual traía su nombre. Pero no siendo ya el latin el idioma en que se pensaba, resultó un deplorable divorcio entre la idea y las palabras, y una disposición á estudiar la frase y el estilo, independientemente de la naturaleza. De aquí proceden en el italiano los periodos artificiales

y las trasposiciones violentas; de aquí las descaradas adulaciones, atento que se consideraba el escribir como un arte y no como una manifestación del pensamiento; de aquí también esa medida pedantesca hasta en el estilo epistolar y doméstico, y el aire pomposo y cortesano que retrata la época.

Sin embargo, aquellos escritores latinos formaban una república literaria europea, poderosa por la lengua que usaban y por la unión, como si quisiesen oponerse acordes al predominio universal de la fuerza. No aparecía una obra que no llevase á la cabeza una guirnalda de epigramas y testimonios tan ridículos como los que se compran en el día al periodismo con dinero, ó lo que es peor aun, con humillaciones: los aduladores se creían felices con sacar á luz sus nombres desconocidos en una falange.

La poesía latina fué cultivada de una manera notable por Sannazaro, Fracastoro, Flaminio y Vida. ¡Con qué ternura saluda Jacobo Sannazaro á su patria, al marchar á su voluntario destierro en pos de Federico II, último vástago de la familia real de Nápoles, despues de haber vendido toda su hacienda para proveer á las necesidades de su protector prisionero (1)! Su poema *De partu Virginis* (1526) respira suma pureza, elegancia y armonía virgílica, aunque choque encontrar aquellas ninfas, aquellos Proteos y Febos mezclados con los dogmas mas venerables, á la manera que se ven en su sepulcro á Apolo y Minerva, faunos y ninfas en una iglesia cristiana. El Cremones *Vida* muestra gran facilidad en su arte poética. En el *Juego de ajedrez* (1527) y en el *Gusano de seda* (1537), acometió de frente la dificultad de los preceptos áridos que no se oían ya en latin. Infundió una verdadera piedad en la *Cristiada* (1535), obra exenta de todo adorno profano, y en la que sacó mejor partido de su asunto que Sannazaro, cuya dulzura y dignidad no iguala sin embargo ni con mucho. Jerónimo Fracastoro (1483-1553), para quien la musa no era mas que una distracción en medio de estudios mas severos, eligió un tema extraño en la *Sifilis*; pero asociando sus dos habilidades de médico y poeta, supo ennoblecerlo con hermosas digresiones y paliar lo que el asunto pudiera tener de repugnante, como también las

(1) Parthenope mihi culta, vale, blandissima siren;  
Atque horti valeant, hesperidesque tuae,  
Mergulina vale, nostri memor: et mea flentis  
Serta cape, heu domini numera avara tui,  
Maternae salvet umbrae, salvet paternae,  
Accipite et vestris thura dona focis.  
Neve nega opatatos, virgo Sebethias, amnes;  
Absentisque tuas det mihi somnus aquas.  
Det fesso astivas umbras sopor, et levis aura,  
Fluminaque ipsa suo lene sonent strepitu;  
Exilium nam sponte sequor, Sors ipsa favebit.  
Fortibus haec solita est saepe et adesse viris.  
Et mihi sunt comitis musae, sunt numina vatum;  
Et mens laeta suis gaudet ab auspiciis,  
Blanditarque animo constante sententia, quamvis  
Exilii meritum sit satis ipsa fides.  
(Epigram. ep. 7, ed. Comino.)

perfrasis y la aridez didáctica. Es siempre armonioso, aunque se halla á mucha distancia de la suavidad de cadencia y de la sobriedad de Virgilio. Navajero tenía tanto odio á las argucias y afectaciones de Marcial, que quemaba todos los años, como hecatombe á las musas, cuantos ejemplares encontraba de aquel poeta. Fracastoro dió el nombre de este crítico á un diálogo sobre la poesía, en que apartándose de la mezquindad de los preceptistas, coloca la esencia en lo ideal, como lo hace una escuela filosófica muy reciente.

Sadoletto escribió con un estilo muy puro y sin afectación: Pedro Bembo con magnificencia. Pedro Angelio Bargeo describió en latin la *Caza con perros y con liga*, y la *Siriada* ó las Cruzadas. Marcelo Palingenio (*Zodiacus humanae vitae*) reprueba con acritud en versos menos bellos que las ideas la corrupción del clero. Basilio Zanchi, natural de Bérgamo, hábil poeta latino, murió prisionero de Paulo IV. Citarémos además los tres hermanos Capilupi, y los cinco Amaltei, *egregii fratres quis julia terra superbit*; y Andres Maron de Brescia, improvisador, comparado por el Ariosto con el homónimo antiguo, y que murió de hambre en el saqueo de 1527. Juan Aurelio Augurelli, que dedicó á Leon X su *Crisopeya* ó arte de hacer el oro, recibió en cambio una bolsa vacía para poner el que tuviera. Francisco Arsilli en su elegía *De poetis urbanis* prodiga elogios á mas de cien poetas latinos que vivían en Roma en tiempo de Leon X, y que sus contemporáneos comparan con los mas ilustres.

Julio César Escaligero (1484-1558), es el primer moderno que en su *Poética*, libro difuso, pensó en reducir el arte de los versos á sistema, citando innumerables ejemplos. En su paralelo entre Homero y Virgilio se conoce al hombre de gusto mas bien que de genio, por su amor á la elegancia sin ningun sentimiento de la fuerza; da siempre la preferencia á Virgilio, como el que antepusiese una dama de garbo y acicalada á la inculta hija de las montañas; pero lo que es aun peor, da la preferencia sobre Homero á Museo, autor de *Hero y Leandro*. Cree también á Horacio y Ovidio superiores á los Griegos, y sostiene con mucho arte una tesis que, considerada en todos sus pormenores, no es siempre paradójica. Pasa luego revista á los modernos, entre los cuales da la palma á Fracastoro y despues á Sannazaro y á Vida.

Otros eruditos adaptaban las formas y el lenguaje antiguo á las cosas nuevas, queriendo hablar como aquellos, para tener vida propia, comentar menos y escribir mas. Colocarémos entre estos á los historiadores, los filósofos, y á los que trataban las cuestiones políticas de la época, á quienes abrió pronto la Reforma vastísimo campo. El Milanés Pedro Mártir de Angleria, habiendo pasado á España en 1488, y en seguida á América, escribió hasta ochocientas trece cartas sobre los hombres y los acou-

tecimientos contemporáneos (1). Aprueba la Inquisición y la intolerancia; adivina la importancia de la Reforma que acababa de nacer, describe perfectamente las facciones de Florencia, la batalla de Pavía, y tratando de la libertad de los Americanos, dice: « No se ha podido encontrar hasta ahora ningun modo. Los dos derechos, el natural y el pontificio, establecen que el género humano sea todo libre; el derecho imperial hace una distinción; el uso parece querer deducir algunas consecuencias contrarias. La larga experiencia quiere que los que por naturaleza se inclinan á vicios abominables, no permanezcan libres. Los Dominicos y los Franciscanos descalzos, que han residido mucho tiempo en aquellas comarcas, creen que nada conviene menos que dejarlos dueños de sí mismos. » (Ep. 806.) Se ve, pues, que sabia eximirse de la inutilidad práctica que constituye el carácter del mayor número. Sobre todo, los Alemanes querían escribir los pormenores mas insignificantes y frívolos de su vida, no tanto por egoísmo y la necesidad de desahogo y confianza, como por hacer ver que sabían expresarse en la lengua latina y con frases propias y de efecto.

De entre ellos surgió como un gigante Desiderio Erasmo, hombre de vivísimo ingenio, de grandes estudios, de un sano juicio continuado, observador penetrante mas que profundo pensador. Habiendo nacido de unos amores en Rotterdam, fué educado en la escuela de Deventer y ordenado sacerdote; dió lecciones particulares en Paris, y desde allí fué á estudiar teología á Lovaina; vivió mucho tiempo en Italia como preceptor del arzobispo de San Andres y corrector de Aldo; Enrique VIII le llamó á Inglaterra; Carlos V le nombró consejero en los Países Bajos; y por último, murió en Basilea. Manifiestan gran conocimiento de la literatura griega y latina sus *Adagiorum chiliades*, en que reunió palabras, sentencias y proverbios, cuyo conjunto es la expresión de la civilización antigua; por lo cual sazona con agudas observaciones filosóficas y literarias sus explicaciones filológicas. Se muestra en esta obra, y mas aun en el *Elogio de la locura*, sagaz observador moral; y si recuerda y se sirve de la *Barca de los locos* de Brandt, lo hace como un hombre que ha visto por sí mismo.

Los envidiosos que describió con tanta perfección en el *Escarabajo* (2), colocaban á su nivel á Budeo, mejor helenista quizá; pero la posteridad se ha decidido en favor de Erasmo. Amplificador con frecuencia enfático, artista de

(1) Véase el libro XIV, p. 701.

(2) Hay hombreillos inísimos, maliciosos, negros, como el escarabajo, fétidos como él, y no menos abyectos, perseverantes y que pueden dañar á los grandes sin ser buenos para nada. Aterran con la negrura, aturden con el zumbido, fastidian con el olor; andan en torno nuestro, se adhieren á vosotros y no os dejan; es vergonzoso vencerlos, pues el triunfo os contamina.

estilo, siempre cáustico hasta el punto de estimular las facciones, en lugar de calmarlas como pretendía, Erasmo zahería al clero y á los príncipes; quiero decir, á los pequeños príncipes de toda Europa, y especialmente de Alemania (1); pues, por lo demás, adulaba á los poderosos que le pagaron con hacerle la corte y prodigarle lisonjas. Estaba en correspondencia con Enrique VIII, Carlos V, Francisco I y Maximiliano de Sajonia; recibía testimonios de admiración de Bembo, Sadoletto, Tomas Moro, Melanchthon, Ulrico de Hutten, Julio II y su sucesor; las ciudades le erigían arcos de triunfo, y si una carta decía en el sobre al *príncipe de los estudios*, al *jefe supremo de las letras*, al *vengador de la teología*, se la llevaban á él sin titubear. Seguro de que cada una de sus palabras sería un oráculo, burlándose de todos sin que se burlara nadie de él; distribuyendo la inmortalidad, *deificando lo que tocaba*, segun la expresión de Tomas Moro, pareció un gigante mientras todos permanecían sentados. Mas, cuando se oyó la voz de Lutero, muchos se amotinaron contra aquel rey de la fama, que fluctuando entre las opiniones de los demás y las suyas, no supo tomar partido entre los Católicos á quienes había perseguido, y los innovadores que le disputaban el trono.

En otro lugar hablamos de su influencia respecto de la Reforma; considerándole como literato, diremos que aniquiló á los pedantes cuya turba hacía la guerra á los mejores filólogos. En su *Ciceronianus* ridiculizó las elegancias amaneradas de los latinistas, mostrando que á pesar de sus escrúpulos por conservarse puros, cometían yerros. « Poned, dice, vuestro primer y principal cuidado en penetraros bien del asunto que queréis tratar; cuando estéis bien enterado de él, las palabras se os ocurrirán en abundancia; los sentimientos verdaderos y naturales se deslizarán de vuestra

(1) « Quin omnes et veterum et neotericum annales evolves, nimirum ita comperies, vix saeculis aliquot unum aut alterum exstitisse principem, qui non insigni stultitia maximam perniciem invexerit rebus humanis... Et haud scio an nonnulla hujus mali pars nobis ipsis sit imputanda. Clavum navis non committimus nisi ejus rei perito, quod quatuor vectorum aut paucarum mercium sit periculum; et rempublicam, in qua tot hominum millia periclitantur, cuius committimus. Ut auriga fiat aliquis, discit artem, exercet, mediatur; at ut princeps sit aliquis, satis esse putamus natum esse. Atqui recte gerere principatum, est munus omnium longe pulcherrimum. Diligis cui navem committas; non diligis cui tot urbes, tot hominum capita credas? Sed istud receptus est quam ut convelli possit.

« An non videmus egregia oppida a populo condi, a principibus subverti? rempublicam civium industria ditescere, principum rapacitate spoliari? bonas leges ferri a plebeis magistratibus, principibus violari? populum studere paci, principes excitare bellum?

« Miro studio curant auctores, ne unquam vir sit princeps. Adnituntur optimates, si qui publicis malis saginantur, ut voluptatibus sit quam effeminatissimus, ne quid eorum sciat quae maxime decet scire principem. Excurrunt vici, vastantur agri, diripiuntur templa, trucidantur immeriti cives, sacra profanaque miscentur, dum princeps interim otiosus ludit aleam, dum salutat, dum oblectat se morionibus, dum venatur, dum amat, dum potat. O Brutorum genus jam olim extinctum! O fulmen Jovis, aut caecum aut obtusum! Neque dubium est quin isti principum corruptores poenas Deo datari sint sed sero nobis. »